

Pedro A. González Moreno

La mujer de la escalera

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Acta de la reunión del Jurado calificador del Premio de Novela Café Gijón 2017

Reunido desde las 20:00 horas del miércoles 13 de septiembre de 2017 en el Café Gijón, el Jurado calificador del Premio de Novela Café Gijón, compuesto por Dña. Mercedes Monmany, D. Antonio Colinas, D. Marcos Giralt Torrente, D. José María Guelbenzu en calidad de presidente y las valoraciones y votos emitidos telefónicamente por Dña. Rosa Regàs, y actuando como secretaria Dña. Patricia Menéndez Benavente, tras las oportunas deliberaciones y votaciones, el jurado acuerda:

Otorgar por mayoría el Premio de Novela Café Gijón 2017 a la novela *La mujer de la escalera* presentada por Pedro A. González Moreno.

Dos muertes y la búsqueda de unas supuestas obras de teatro anteriores a la aparición de *La Celestina* crean una apasionante novela ambientada en el mundo universitario.

La protagonista se verá inmersa en un cruce de intrigas que el autor desarrolla hábilmente y con un excelente despliegue de recursos narrativos.

MERCEDES MONMANY
ANTONIO COLINAS
MARCOS GIRALT TORRENTE
JOSÉ MARÍA GUELBENZU

A Rosa y Julio Contreras

Seguramente murió al amanecer.

Cuando le vi allí, inerte en el centro del escenario, al principio pensé que se trataría solo de un ensayo más; pero enseguida me di cuenta de que aquello era real, aunque él se había encargado de darle a la escena ciertos toques teatrales, como si pretendiera convertir su muerte en una macabra representación, recreándose en algunos detalles en los que Ricardo sabía que solo yo sería capaz de reparar: había colocado varias velas por todo el escenario, que estaban ya a punto de consumirse cuando se descubrió su cadáver; en el suelo encontraron también una petaca con algún resto de ginebra, un ejemplar de *La Celestina* abierto por la página donde comenzaba su monólogo y, no muy lejos del libro, el vaso de plástico donde había disuelto la estricnina. Y en el centro, muy próximo a su cuerpo, se encontraba el gran montón de ceniza por el que comprendí, pocas horas más tarde, que toda esa cuidada puesta en escena no había sido más que una extraña forma de venganza.

No me costaba mucho imaginármelo allí, leyendo para nadie aquellas palabras de Pleberio con las que tantas veces nos habíamos emocionado y que debieron de rebotar contra las paredes del salón vacío con una resonancia siniestra: «¡Oh vida de congojas llena, de miserias acompañada; oh mundo, mundo! [...] Agora, visto el pro y la contra de tus bienandanzas, me pareces un laberinto de errores, un desierto espantable, una morada de fieras, juego de hombres que andan en corro, laguna llena de cieno...».

Nunca había conseguido saberse de memoria toda esa larga enumeración del padre atormentado: a menudo se olvidaba alguna frase o la cambiaba de sitio, o se atrevía a improvisar algo nuevo; pero aquella vez, a la luz indecisa del amanecer y con las velas proyectando sombras vacilantes sobre el escenario, probablemente fue la primera y la última que consiguió encadenar el párrafo sin titubeos, y puede que incluso se le escapara, entre los sollozos fingidos, alguna lágrima verdadera: «... región llena de espinas, monte alto, campo pedregoso, prado lleno de serpientes, huerto florido y sin fruto, fuente de cuidados, río de lágrimas, mar de miserias, trabajo sin provecho, dulce ponzoña, vana esperanza, falsa alegría, verdadero dolor».

Le habían visto entrar en la facultad, ya tarde, con una bolsa negra de deporte en la mano, y allí, oculto en algún sitio, debió de permanecer hasta la hora del cierre. Esperó a que el edificio se quedara vacío y cuando salió de su escondite era ya el único dueño de todo y el único habitante de aquel lugar que había decidido convertir en el escenario de su última función. Por los rastros de cera o por las colillas que, como una babosa, había ido dejando por el suelo, supimos luego que había estado toda la noche deambulando de un lado para otro y no resultaba difícil imaginarlo yendo y viniendo a la luz de una vela por los pasillos de la facultad, o fumándose un cigarrillo en la biblioteca, de donde cogió el ejemplar de *La Celestina* que seguramente utilizó para recitar por última vez su monólogo.

Tampoco resultaba difícil imaginar, por la mueca que la muerte había dejado en su rostro, que el rencor y el desprecio eran los sentimientos que le habían dominado en esas últimas horas de su vida. Un rencor y un desprecio que nos correspondían, a partes iguales, al decano y a mí, aunque para tranquilizar mi conciencia yo prefería pensar que nosotros solo habíamos sido dos eslabones más en la larga cadena de su infortunio.

A pesar de la lluvia que había caído la noche anterior, aquella mañana amaneció soleada, con una luminosidad intensa que tenía algo de espejismo y parecía envolverlo todo en una luz casi irreal. Tal vez por eso cuando, con mi paraguas negro absurdamente colgado de la muñeca, llegué a la facultad pocos minutos después de las nueve, me pareció natural ver allí un coche de policía aparcado junto a un par de furgonetas de la televisión. Después de las huelgas y las movilizaciones de los últimos días, tampoco me sorprendió el bullicio que había en el vestíbulo, por donde bedeles y profesores, alumnos y periodistas, y algún que otro policía, se movían igual que figurantes a la espera de que alguien diese una orden para el comienzo de un rodaje. Pensé que la rueda de prensa convocada por el decano había despertado más expectación de la prevista y fui abriéndome paso, desorientada, entre los corrillos del vestíbulo. Busqué con la mirada a Daniel Carvajal, el decano, como si él fuese el único capaz de darle verdadero sentido a mi presencia allí, pero no le localicé por ninguna parte y supuse que estaría ya preparando los últimos detalles de la rueda de prensa en el salón de actos.

De pronto, abriéndose paso entre la gente y acompañado de Dolores Merlo, vi a Sebastián Olivares dirigirse hacia mí. A Sebastián yo le había conocido el día anterior y sabía poco de él, salvo que, además de un adicto al café, era un buen amigo del decano y subdirector o vicesecretario de algo en un ministerio, aunque llevaba su cargo con mucha naturalidad y discreción. Y al verles juntos, de repente comprendí por qué Lola Merlo tenía fama de moverse con tanta desenvoltura por los aledaños del poder.

Dolores Merlo había llegado a la facultad un día cualquiera y había acabado ocupando en el Departamento de Lengua una plaza que, según los rumores, había sido creada expresamente para ella. Se decía también que había ganado la plaza en un concurso de méritos, entre los que figuraba, al parecer, una sesuda tesis doctoral sobre el leísmo y el laísmo como fenómenos lingüísticos que representaban el declive de la sociedad patriarcal. Todos suponíamos que, aparte de su sabi-

duría en materia de pronombres, ciertas amistades le habrían facilitado mucho las cosas, y sus mejores credenciales, de eso no nos cabía ninguna duda, no las lucía en su currículum sino más bien en su propio cuerpo, que era de carnes generosas y muy bien torneadas.

Yo apenas había cruzado con ella unos cuantos saludos por los pasillos, y por eso aquella mañana me sorprendió su gesto amable y decidido cuando, al lado de Sebastián Olivares, la vi llegar hasta mí y estrecharme en un abrazo que me pareció no solo cariñoso sino también compasivo. Pero enseguida comprendí que su abrazo solo era el preámbulo de una pregunta que me obligó a reinterpretar, de golpe, toda la realidad que me rodeaba:

—¿Sabes por lo de Ricardo?

Hacía ya algún tiempo que no sabía nada de Ricardo, pero su pregunta fue como una revelación por la que sospeché que todo aquel revuelo no tenía nada que ver con la rueda de prensa que se había programado para las diez. Como si pretendieran sacarme de dudas, Sebastián y Lola Merlo me condujeron hacia el salón de actos. Lo primero que percibí al entrar fue un fuerte olor a cera y a papel quemado, y luego, cuando vi el cuerpo de Ricardo tendido sobre el escenario, se me ocurrió la absurda idea de que me llevaban allí para ver algún ensayo. Quizá por eso no me sorprendió ver en el suelo, junto al cadáver, el libro de *La Celestina*, una petaca y un vaso de plástico, como tampoco me sorprendieron demasiado los montoncitos de cera derretida que había próximos al borde del escenario, o aquel extraño montón de ceniza que se alzaba en el centro. Solo después me fijé en el hombre de aspecto rudo y traje gris que andaba curioseando por el escenario. Pero fue al final, tras reparar en la mueca del rostro de Ricardo, y en la herida ya cicatrizada de su frente, cuando tuve la certeza de que aquella escena era real. El hombre del traje gris se volvió de pronto hacia nosotros y me miró con curiosidad, como intentando hallar en mí alguna relación con aquel tétrico decorado.

—Es Sara, una buena amiga de Ricardo Valle —se apresuró a aclarar Dolores Merlo.

Me dirigió un saludo que me pareció displicente y bajó por una de las escaleras laterales del escenario. Yo esperaba que allí, delante del cadáver, aquel hombre que no tenía aspecto de policía ni de actor me diera una larga y detallada explicación de lo ocurrido, pero se limitó a acompañarme hasta la puerta y allí les hizo a Sebastián y a Dolores un gesto por el que ellos comprendieron que debían dejarnos solos:

—Si a usted no le importa, buscaremos un sitio un poco más tranquilo para hablar. La invito a un café.

Sabía que no podía rechazar aquella invitación y la idea de tomarme un café bien cargado me pareció de lo más estimulante. Nos abrimos paso entre los corrillos del vestíbulo y, por el largo pasillo que conducía a la cafetería, comencé a notar que algo blando y pegajoso se adhería a la suela de mis zapatos.

—Tenga cuidado, no vaya a resbalar —me advirtió, agarrándome del brazo.

Me fijé en el rastro de cera que había en el suelo y entonces comprendí que las velas rojas y amarillas no habían servido a Ricardo solo para decorar el escenario, sino también para caminar en la oscuridad. Ese rastro de cera, según me dijo el comisario, llegaba también hasta la biblioteca y la cafetería, los otros dos lugares en los que había estado antes de encerrarse en el salón de actos. Y aquella imagen fantasmal de Ricardo moviéndose por los pasillos entre las tinieblas me produjo un súbito escalofrío.

No había nadie en la cafetería, salvo un camarero que, con una dedicación casi frenética, limpiaba vasos y tazas con una bayeta. El comisario Tena pidió los cafés y nos sentamos en una de las mesas más alejadas de la barra, donde volví a sentir otro escalofrío al imaginarme a Ricardo yendo y viniendo por allí con su petaca en una mano y una vela en la otra, mientras tal vez recordaba otros tiempos que, sobre todo para él, habían sido mucho mejores. Vacíe el sobre de azúcar en la taza y comencé a darle vueltas con la cucharilla mientras veía al comisario oler su café con un gesto de desagrado, casi de asco.

—Donde esté un buen chocolate con churros... —Miró de reojo al camarero, que de espaldas a nosotros limpiaba afanosamente la cafetera y luego, al ver que yo continuaba abstraída removiendo el café, continuó—: Usted me dirá, señorita.

Yo tenía muy poco que decirle o al menos no sabía cuál era la información que buscaba, y por mi cara de sorpresa dedujo que era él quien, al menos por cortesía, debía comenzar dándome alguna explicación. Por eso, con desgana y en pocas palabras, me resumió las circunstancias del suicidio y concluyó diciendo que esa mañana tenía asuntos más urgentes de los que ocuparse.

Observé con atención las líneas duras de su cara, su mandíbula prominente, sus ojos algo saltones, sus hombros anchos y sus dedos un poco amorcillados, y no pude evitar imaginármelo, más que realizando sutiles pesquisas criminales, trinchando pollos en la cocina de un restaurante o despedazando carne en una charcutería.

—Un caso evidente de suicidio —repitió sin demasiado interés—. Aquí yo tengo muy poco que hacer, salvo que usted, naturalmente, tenga algo interesante que contarme.

Entendí aquellas palabras como algo más que una mera insinuación y, a pesar de la indolencia con que el comisario parecía afrontar el asunto, me sentí obligada a contarle, muy abreviadamente, todo lo que nos había ocurrido durante los últimos meses. Y mientras hablaba, recordaba el cuerpo de Ricardo sobre el escenario, superponiéndose a los gestos con los que, de cuando en cuando, el comisario pretendía aparentar un interés que a mí se me antojaba más bien profesional. Y también, mientras me oía a mí misma hablar en voz alta, aún tenía la esperanza de que aquello no fuese real, y miraba a veces hacia la puerta imaginando que Ricardo aparecería por allí en cualquier momento con su libro de *La Celestina* en la mano.

Embutido dentro de su traje gris, el comisario Tena me pareció que tenía también cierto aire de feriante, y no pude evitar imaginármelo arremangado y sudoroso, rodeado de pringue, mientras freía churros en un caldero de aceite hirviendo.

La mano negra del destino había decidido que en aquellos instantes, en vez de estar hablando en una rueda de prensa, yo me encontrara contándole parte de mi vida a aquel hombre que, mientras me escuchaba, quizá no dejaba de pensar en una apetitosa ración de churros. En cuanto terminé mi relato, asintió como si acabara de iluminarse de golpe alguna zona que hasta entonces hubiera permanecido en penumbra dentro de sus pensamientos.

—Ahora comprendo perfectamente todos esos detalles.

—¿Qué detalles? —le pregunté.

—Las velas, el libro de *La Celestina*, ese montón de ceniza en medio del escenario... Evidentemente, es como si hubiese querido darle un aire teatral a su muerte.

El comisario hablaba con bastante reposo y usaba a menudo largos adverbios que quizá le permitían reflexionar mientras elegía las palabras precisas. Pero no había que ser muy sagaz, ni siquiera hacía falta ser policía, para llegar a una conclusión tan obvia. Aquella, la de una teatralización, fue también la primera impresión que yo tuve al contemplar la escena que con tanto esmero Ricardo había preparado en el salón de actos. Los remordimientos se me agolparon en la garganta y, al apurar el último sorbo de café, ya frío, noté una sensación parecida al roce de una lija. No supe qué decir y en aquel instante oí el rápido taconeo de alguien que se aproximaba a la cafetería. Fue Lola Merlo quien, con el rostro desencajado y una expresión de angustia, apareció en la puerta. Se acercó a la mesa y ni siquiera me miró cuando le dio al comisario la noticia; quizá no me miró porque estaba demasiado nerviosa o porque suponía que a mí no me afectaba lo que estaba a punto de decir, pero ella no podía saber que esa noticia me afectaba tanto como la muerte de Ricardo:

—Han encontrado a Daniel Carvajal muerto en su casa.

Noté que le temblaban las manos y su carnoso labio inferior mientras pronunciaba aquellas palabras, que yo necesité repetirme a mí misma, casi deletreándolas, para comprender en su verdadero significado. Miré incrédula a Dolores y después al comisario, que se limitó a esbozar un gesto de con-

triedad antes de levantarse y encaminarse hacia la puerta. Las dos le seguimos y, al volver a pisar los rastros de cera del pasillo, una súbita y atroz asociación me llevó a recordar las velas, rojas y amarillas, que yo había visto la tarde anterior en los candelabros de la casa de Carvajal. Pero me sentía incapaz de elaborar conexiones o de establecer causas y consecuencias; de pronto, todo a mi alrededor comenzaba a adquirir un aire absurdo de pesadilla, y dentro de mi cabeza las ideas parecían haberse vuelto sólidas y pegajosas, como las gotas de cera que había por el suelo.

Ya en el vestíbulo, el comisario se acercó a uno de los corros de profesores, entre los que reconocí a Lorenzo Blanco, y más allá vi a Sebastián Olivares, abrumado y rascándose nerviosamente la barba, rodeado de los fotógrafos y periodistas a los que él mismo había convocado, en una improvisada rueda de prensa para la que ya no servirían ni el suyo, ni el mío, ni ningún otro discurso. Miré hacia el salón de actos, de donde acababan de salir un par de fotógrafos, y pensé que, por una perversa paradoja, los periódicos del día siguiente no hablarían de libros sino de muertos; en sus titulares no figurarían los nombres de Juan de Pisuerga o Martín López Acuña, ni los de Belisa y Luscinda, sino solo los de Ricardo Valle y Daniel Carvajal, unidos por un infausto protagonismo. Sentí la tentación de ver de nuevo a Ricardo y dirigí mis pasos hacia el salón de actos, pero a mitad de camino me abordó el comisario:

—¿Le importaría acompañarme a la casa del decano? Antes me ha dicho que estuvo usted allí precisamente ayer por la tarde.

Sin saber si se trataba solo de una invitación o más bien de una orden, acepté aquella proposición y acompañé a Adolfo Tena en un coche que enseguida, en cuanto salimos de la Ciudad Universitaria, encendió una sirena cuyo ulular siguió resonando después durante varias horas dentro de mi cabeza, como para recordarme la parte de culpa que a mí me pudiera corresponder en aquella sucesión de desdichas.

Fue Aurelia, la mujer que se encargaba de la limpieza de la casa de Daniel, quien al vernos llegar se apartó del grupo de vecinos que se había reunido en el rellano, saludó al comisario y entrecortadamente, entre gimoteos, le dijo que era ella quien, al llegar allí a las nueve en punto como todas las mañanas, había descubierto el cadáver y, tras alertar a todo el vecindario, había llamado a la policía. A su edad, Aurelia seguramente habría visto ya muchos muertos, pero le temblaba la voz al hablar, como si aquel hubiese sido el primero, igual que me habían temblado a mí las piernas poco antes mientras contemplaba el cadáver de Ricardo. Sentí el mismo temblor al entrar en la casa y, mientras atravesaba el vestíbulo, recordé a Daniel Carvajal ofreciéndose para llevarme en su coche, en un gesto galante que yo había despreciado y que tal vez fue el último de su vida.

Aunque recordaba haber visto tres paraguas la tarde anterior, vi que había solo uno en el paragüero; dejé allí el mío mientras sentía que me liberaba de alguna pesada carga, y entonces pensé que si yo hubiera tenido paciencia para esperar un rato más, al menos hasta que hubiese escampado, tal vez ese negro destino tampoco habría acabado cumpliéndose. Pero ya no tenía ningún sentido intentar hacer reversible el curso del tiempo, que era también el curso inexorable de la desgracia. Al entrar en el salón, precedida de Aurelia y del comisario, me pareció que había transcurrido ya mucho tiempo desde la tarde anterior, aunque apenas hacía unas horas que me había marchado de allí y el escenario que tenía ante mis ojos tampoco se parecía mucho al que yo recordaba.

Daniel Carvajal estaba allí, tumbado boca abajo sobre el suelo entarimado del salón, y su cuerpo —según observó el comisario con ese lenguaje suyo que apeataba a informe forense— no presentaba ninguna señal, por lo menos visible, de violencia. La bolsa negra de deporte no estaba sobre la gran mesa ovalada de cristal, aunque sí permanecían sobre ella la botella de champán, ya vacía, y las dos copas con las que él y yo habíamos estado brindando; y había además una tercera copa, una botella de ginebra y cuatro colillas en el cenice-

ro. Tampoco estaban sobre los candelabros las velas rojas y amarillas, pero la portezuela de la caja fuerte continuaba entreabierta. Había libros esparcidos por el suelo, y todos los cajones, no solo los de los muebles del salón sino también los del resto de la casa, estaban abiertos y removidos. Sentí una repentina sensación de mareo y una flojera en las piernas que me obligó a sentarme en el sofá, en el mismo lugar donde había rechazado el beso de Daniel pocas horas antes; y desde allí, con el bolso apretado contra mi pecho, vi moverse al comisario de un sitio para otro mientras Aurelia le seguía entre hipidos y lamentaciones.

Sin querer, porque no era dueña de mi voluntad y porque las imágenes y los recuerdos se agitaban desordenadamente dentro de mi cabeza, miré los candelabros otra vez y vinieron a mi memoria los restos de cera derretida, rojos y amarillos, que había visto sobre el borde del escenario en el salón de actos. Y mientras los dos cadáveres y las dos escenas se iban superponiendo dentro de mi mente en una danza de imágenes desbocadas, el comisario se demoraba inspeccionando el rostro de Carvajal, examinando el interior vacío de la caja fuerte, las colillas del cenicero, los restos de champán de las copas. Por la rigidez que ya comenzaban a presentar algunas articulaciones del cadáver, Adolfo Tena dedujo que la muerte se había producido hacía unas doce o catorce horas. Y en un rápido cálculo mental, tras mirar mi reloj supuse que, de ser así, Daniel habría muerto poco después de que yo me marchara.

—Yo me fui a las seis y media —dije, y me miró con curiosidad o con cautela, como si hubiese visto en mis palabras algo muy parecido a una coartada, tan ingenua como innecesaria.

Me pidió que mirase alrededor con mucha atención y le dijese qué cambios advertía con respecto a la tarde anterior, pero no necesité mirar de nuevo porque ya había reparado antes en todos esos cambios: la bolsa negra de deporte y las velas de los candelabros, la tercera copa, las colillas en el cenicero, los cajones abiertos y los libros tirados por el suelo, incluso el paraguas que había echado en falta al entrar. Sin

embargo, llevada por el mismo impulso protector que ya había sentido también en la cafetería de la facultad, incluí en esa breve lista de cambios la puerta abierta de la caja fuerte. No lo hice con intención de mentir, ni siquiera sabía hacia dónde podría conducirme la mentira, pero me sentí como si estuviese ocultando alguna prueba o proporcionándole al comisario alguna pista falsa. Después de quedarse pensando durante unos instantes, Adolfo Tena me dirigió una mirada neutra y, con un tono en el que no había ni satisfacción ni desconfianza, dijo:

— Bien, pues a falta de lo que nos diga el análisis de huellas, me parece que todas las piezas encajan casi perfectamente.

Aunque me encontraba demasiado aturdida para captar los matices con la lucidez necesaria, no dejó de sorprenderme otra vez aquel desparpajo con el que Adolfo Tena usaba los adverbios, y en los dos últimos había algo que me resultaba chirriante y hasta contradictorio. Fueran cuales fuesen sus conclusiones, las piezas podían encajar o no, y hasta podían encajar perfectamente, pero lo que no me parecía muy razonable era que encajaran perfectamente a medias. En cualquier caso, supuse que Adolfo Tena no tendría muchos reparos en limar a su antojo los bordes de esas piezas para que se acoplaran a la perfección dentro del engranaje de sus conjeturas. Pese a sus aires rudos de labriego, el comisario razonaba con cierta sutileza, y puede que a aquellas alturas hubiese realizado ya, con muy buen tino, todas las conexiones que yo me negaba a reconocer y a aceptar, tal vez por parecerme demasiado dolorosas o demasiado evidentes. Apenas una hora después de haberse descubierto los dos cadáveres, a él le había bastado con inspeccionar ambos escenarios y con interpretar no solo mis palabras, sino también mis silencios, para llegar a la misma conclusión a la que yo me sentía incapaz de llegar.

Cerré los ojos, creí oír un lejano rumor de olas rompiendo contra las rocas y pensé que el mar de mi pueblo vendría en mi ayuda para lavar con su asperón de espuma y sal las manchas de mi conciencia. Pero entre el fragor de las olas oí también el ruido de la lluvia de la tarde anterior azotando con

furia los cristales y pensé que aquellas aguas venían cargadas de presagios. Unos presagios de muerte que, sin embargo, yo no había querido o no había sabido escuchar, como tampoco había escuchado a Daniel pidiéndome que no me marchara todavía.

Cerré los párpados aún con más fuerza, como intentando sacudirme todos esos ruidos y recuerdos confusos, y tuve la esperanza de que, al abrirlos de nuevo, me encontraría muy lejos de allí, tumbada en la playa o viendo romper las olas en los acantilados, ajena a aquel laberinto de errores y a aquella sucesión de desdichas en donde me encontraba atrapada. Pensé que, al abrirlos, la realidad se desvanecería lo mismo que un mal sueño, pero mis ojos volvieron a toparse con el cuerpo inerte de Daniel Carvajal y con la mirada atenta del comisario, que ajeno a mis reflexiones y a mis temores más ocultos, con esa falta de pudor que tenía para usar los adverbios, repitió:

—Casi perfectamente.

Mi inteligencia o mi sagacidad eran, sin embargo, mucho más rudimentarias que las del comisario Tena y por eso en mi cabeza se abrían demasiados vacíos que mi imaginación no conseguía rellenar. Quizá por la conmoción que las dos muertes me habían provocado, dentro de mi conciencia todo se había vuelto confuso, como si lo contemplara a través de un filtro deformante que solo me permitía percibir acciones dispersas y realidades borrosas. Tan solo comencé a aceptar las evidencias tras hablar con Irene Vidal el mismo día del entierro de Daniel, al que acudieron todos los antiguos compañeros del grupo de teatro.